

## Discurso de SS. Pablo VI al Congreso Tomístico

*Discurso del Sumo Pontífice, Pablo VI, pronunciado el viernes, 10 de septiembre de 1965 en Castelgandolfo, a los miembros de la Pontificia Academia de Santo Tomás y a los asistentes al VI Congreso Tomístico Internacional. Traducción del texto publicado en L'Osservatore Romano en francés, el 13-14 septiembre. Adviértase que los epígrafes y la división en apartados son nuestros; no están en el texto original.*

### I. *Fenómeno del ateísmo. Oportunidad de ayudar a los hombres a llegar a Dios.*

Nos es particularmente grato recibirlos, queridos hijos, miembros de la Academia Pontificia de Santo Tomás, como también a todos los participantes a vuestro Sexto Congreso Internacional.

El tema que habéis escogido para estas jornadas de estudios: «Dios en la obra de Santo Tomás y en la filosofía contemporánea», coincide efectivamente con una de nuestras constantes preocupaciones pastorales: la negación de Dios. Desde nuestra primera Encíclica, Nos hemos mostrado que esta negación es «el fenómeno más grave de nuestra época». Y Nos hemos declarado que «resistiríamos con todas nuestras fuerzas a esta negación avasalladora» (Ecclesiam Suam, A.A.S. LVI, 1964, p. 651). También subrayábamos el drama del ateísmo moderno, que pretende «hacerse fuerte... en una sumisión rigurosa a la exigencia racional del espíritu humano, en un esfuerzo de explicación científica del universo». Ahora bien, «contra la intención de quienes piensan con esto forjar un arma invencible para su ateísmo, este proceso de pensamiento, decíamos, es finalmente arrastrado por su fuerza intrínseca a una nueva afirmación del Dios supremo, en el plano metafísico como en el orden lógico».

Expresábamos entonces el deseo de ver a hijos de la Iglesia que la ayudasen a «desembocar más allá del punto en que el hombre ateo lo detiene de propósito, en esta concepción de la realidad objetiva del universo cósmico, que devuelve al espíritu el sentido de

la Presencia divina y pone en sus labios las palabras humildes y balbucientes de una dichosa oración» (Ibid., pág. 653).

## II. *Legítimo papel de la inteligencia en esta labor racional.*

Nos queremos ver en vuestros trabajos, queridos Hijos, una respuesta a estos deseos y el empeño de un examen serio y lúcido del pensamiento de los hombres de nuestro tiempo perdidos en el ateísmo. Y vuestros estudios pueden además contribuir a disipar la equivocación de cierto número de creyentes, que hoy día se ven acechados por un fideísmo que renace. No tributando valor más que al pensamiento de tipo científico, y desconfiados respecto de las certezas propias de la Sabiduría filosófica, se ven conducidos a fundar sobre una opción de la voluntad su adhesión al orden de las verdades metafísicas. Frente a esta abdicación de la inteligencia, abdicación que tiende a destruir la doctrina tradicional de los preámbulos de la fe, vuestros trabajos se adjudican el deber de recordar el indispensable valor de la razón natural, solemnemente afirmado por el primer Concilio Vaticano (Denzinger-Schönm. 3.004, 3.009, 3.015 y 3.026), en conformidad con la enseñanza constante de la Iglesia, de la que Santo Tomás es uno de sus más autorizados y más eminentes testigos.

## III. *Permanente valor de Santo Tomás.*

Esto es afirmar la importancia de vuestros trabajos en los cuales intentáis confrontar la filosofía contemporánea con la obra de Santo Tomás sobre el problema de Dios. Vuestro gesto atestigua por lo mismo el valor permanente de un pensamiento que, a pesar de la desconfianza y hasta aversión, de que es objeto por parte de tantas corrientes filosóficas modernas, representa en la historia del pensamiento humano y cristiano un hecho grandioso que no puede ser subestimado. Ciertamente, a lo largo de los siglos el tomismo ha conocido, como todo sistema que entra en una tradición escolar, los peligros de la esclerosis y de las vanas sutilezas, lo mismo que los inconvenientes del revestimiento escolástico. Pero, lejos de caer en una inevitable decadencia, la obra de Santo Tomás no ha cesado de suscitar el interés de grandes espíritus, lo mismo que la formación de fecundas escuelas, mientras, el magisterio eclesiástico le prodigaba aprobación y apoyo. En nuestros días en particular, en vistas a asegurar mejor esta restauración de la inteligencia cristiana cuya necesidad se hacía sentir imperiosamente, los romanos Pontífices, en pos de León XIII, han ordenado el estudio de Santo Tomás de Aquino, declarado «Doctor Communis» o «universal» de la Iglesia (Pío XI, Encíclica *Studiorum Ducem*, A.A.S. XV, 1923, p. 314).

IV. *Conserva su fuerza y eficacia y es apto para los nuevos progresos de la teología y de la filosofía.*

Pero en un tiempo en que parece que se plantean debates sobre todas las cosas, ¿cómo evitar apremiantes preguntas? La doctrina de un pensador de la Edad Media ¿acaso puede tener algún interés más que el puramente histórico, y puede aspirar a un valor universal? ¿cómo ha podido el magisterio eclesiástico empeñar su autoridad en la aprobación dada a esta doctrina? En fin, ¿no corren el riesgo de sufrir estorbos la libertad y el progreso de la investigación intelectual?

La respuesta a la primera de estas preguntas radica en el hecho de que la filosofía de Santo Tomás posee una aptitud permanente para guiar el espíritu humano hacia el conocimiento de lo verdadero, la verdad del ser mismo que es su objeto primario, el conocimiento de los primeros principios y el descubrimiento de su causa trascendente, Dios. Con ello rebasa la situación histórica particular del pensador que la ha caracterizado e ilustrado como «la metafísica natural de la inteligencia humana». Por esto Nos hemos podido decir que «reflejando las esencias de las cosas realmente existentes en su verdad cierta e inmutable, no es medieval ni propia de alguna nación particular; sino que trasciende el tiempo y el espacio, y no es menos valedera para todos los hombres de hoy día» (Carta al M.R.P. A. Fernández, Maestro General de los Hermanos Predicadores, el 7 de marzo de 1964; A.A.S. LVI, 1964, p. 303).

Este valor permanente de la metafísica tomista explica la actitud del magisterio eclesiástico para con ella. Como custodio de la Verdad revelada acogida por la fe sobrenatural, la Iglesia sabe que esta acogida misma supone un espíritu capaz de nociones inteligibles estables y de afirmaciones ciertas sobre el ser de las cosas y sobre Dios; de lo contrario la Palabra de Dios propuesta y mantenida bajo forma de afirmaciones humanas ya no sería accesible como Verdad absoluta (cf. Pío XII, *Humani Generis*, A.A.S. XLII, 1950, p. 565-567). Como decía Nuestro predecesor Pío XII, «se trata de saber si el edificio que Santo Tomás de Aquino ha levantado con elementos reunidos y juntados, más allá y por encima de todos los tiempos, que le ofrecieron los maestros de todas las épocas de la Sabiduría cristiana, descansa sobre una base sólida, conserva siempre su fuerza y eficacia, si protege todavía ahora de una manera eficaz, el depósito de la fe católica, y si es igualmente de utilidad y dirección seguras para los nuevos progresos de la teología y de la filosofía» (Pío XII al Capítulo general dominicano, A.A.S. XXXVIII( 1946, p. 387). En pos de este gran Pontífice, Nos respondemos a nuestra vez, positivamente a estas preguntas, y por ello Nos proseguimos recomendando la obra de Santo Tomás como una norma segura para la enseñanza sagrada (cfr. C.I.C. Can. 1366, par. 2; Pío XI, *Deus Scientiarum Dominus*, art. 29 a.).

- V. *La Iglesia no ha pretendido hacer de Santo Tomás un Maestro exclusivo, ni imponer cada una de sus tesis, ni excluir la legítima diversidad de las escuelas y de los sistemas y todavía menos proscribir la justa libertad de la investigación.*

Procediendo así, Nos no pretendemos de ningún modo disminuir — casi no hay necesidad de subrayarlo — el valor que la Iglesia no ha cesado de reconocer a esta preciosa herencia de los grandes pensadores cristianos del Oriente y del Occidente, entre los cuales el nombre de San Agustín brilla con particular fulgor. El estudio natural del ser y de lo verdadero, lo mismo que el servicio fiel de la Palabra de Dios, ciertamente no son el patrimonio exclusivo del Doctor Angélico. Declarándolo «Doctor communis» y haciendo de su doctrina la base de la enseñanza eclesiástica, el Magisterio de la Iglesia no ha pretendido hacer de él un Maestro exclusivo, ni imponer cada una de sus tesis, ni excluir la legítima diversidad de las escuelas y de los sistemas, y todavía menos proscribir la justa libertad de la investigación. La preferencia concedida al aquinense — preferencia y no exclusividad (Pío XII, *Alocución a la Universidad gregoriana*. Discorsi, XV, p. 409-410) — apunta a su realización ejemplar de la Sabiduría filosófica y teológica, no menos que al armonioso acuerdo, que ha sabido obtener entre la razón y la fe.

- VI. *El tomismo, lejos de ser un sistema replegado sobre sí estérilmente, es capaz de aplicar con éxito sus principios, sus métodos y su espíritu a las nuevas tareas que la problemática de nuestro tiempo propone.*

En el momento en que el Concilio se apresta a dar directrices prácticas para los estudios eclesiásticos, ninguna duda hay de que la vuelta a las fuentes vivas de la Sagrada Escritura, y el estudio de los Padres, conjugados con el indispensable profundizar en la doctrina teológica a la luz de las enseñanzas del magisterio, provocarán una renovación tan ardientemente deseada. En esta actitud humilde y confiada de la «fe que busca entender», tomaréis a pechos el mantener con el pensamiento de Santo Tomás — como ya lo habéis hecho en el decurso de vuestro Congreso — un contacto vivificante y fecundo. Así mostraréis por vuestro ejemplo viviente, que el tomismo, lejos de ser un sistema estérilmente replegado sobre sí mismo, es capaz de aplicar con éxito sus principios, sus métodos y su espíritu a las nuevas tareas que la problemática de nuestro tiempo propone a la reflexión de los pensadores cristianos.

Con esta confianza, y como prenda de la ayuda divina que invocamos sobre estos trabajos duros, pero necesarios, de la inteligencia en servicio de la verdad, Nos os damos de todo corazón nuestra paterna Bendición Apostólica.